

La calle para el jueves 13 de diciembre de 2007
Diario de un espectador
Doña Rosa, mariachera
por miguel ángel granados chapa

Publicado por el Instituto nacional de antropología e historia, el Consejo nacional para la cultura y las artes y la editorial Taurus, el magnífico volumen sobre el mariachi, que recoge la investigación de Jesús Jáuregui, se terminó de imprimir en noviembre pasado en el taller del Grupo Caz, en la colonia Asturias de la ciudad de México.

Luis Almeida y Ricardo Real diseñaron los interiores, mientras que José Francisco Ibarra Meza y Jaime Fair Cañedo Camacho realizaron el diseño de la cubierta y las guardas, que se forman con docenas de tarjetas de presentación de mariachis con los nombres más variados y hasta inverosímiles.

Así, por ejemplo, figuran el Mariachi juvenil México de Cuba, el Real mariachi Estrada, el Sahuayo, el Charanda, el Mariachi femenino o mixto, el Mariachi Sol de Colombia, el Perla tapatía, el Tenampa, el Real de Jalisco, el Universal, el Mexicanísimo, el Monumental, el Nuevo san Juan, el de san Juan de Dios, el Juvenil Huatulco y, por supuesto, el Mariachi Vargas de Tecalitlán, coordinado por Arturo Mendoza Villalvazo, con domicilio en san Juan de Aragón, del Distrito Federal.

En sus entrevistas para la investigación que se tradujo en espléndido producto editorial, Jáuregui supo de doña Rosa Quirino (1891-1969). Le hablaron de ella Refugio Orozco Rivera y Sabás Alonso Flores, en 1983. El primero le dijo:

“Doña Rosa, la mariachera, tocó conmigo. Ella era de La escondida. Andaba con los hombres y usaba pistola. Con ella no se podían pasar de listos. Ella decía: ‘muchachos, andamos trabajando y si alguno quiere, nada más párese..’ y sacaba la pistola. Doña Rosa vestía de guaraches, rebozo cruzado, enaguas largas, trenzas...Yo la conocí en una velada en Navarrete. Era una mujer respetuosa, se animaba a matar o a que la mataran”.

Y el segundo: “Me tocó tocar con Rosa en La escondida. Era mariachera, tocaba violín primero. Tenía su mariachi y ella lo dirigía. Ella andaba pa’ donde quiera, era mariachera por derecho, ése era su destino”.

Jáuregui habló también con la hija de Doña Rosa, Refugio Gómez Quirino. “Conmovida porque había ido (a La escondida) sólo para platicar acerca de su mamá, me regaló una expresiva fotografía de doña Rosa tocando el violín en sus últimos años y me confió su versión:

‘A mi mamá le gustaba mucho tocar. Agarró su destino desde muy chica, tendría doce o trece años. Ella tocó todo el tiempo, ella encontraba compañía pa’ tocar. Salía lejos, a toda la costa. Mi mamá todo el tiempo arrió ese destino. Era una señora que le gustó mucho el destino de los hombres”.

Juan Solís Mariles ofreció a su vez a Jáuregui este testimonio que pintó de cuerpo entero a la mariachera. En una fiesta de tres de mayo, doña Rosa tocaba minuetes. “Por ai en la amanezca andaban unos de los hombres que les dicen galanes, llamados Ricardo Talamantes y Filiberto Aguayo, hombres bravos en aquellos tiempos, que ponían un machete en medio del camino a ver quién lo quitaba...

“Filiberto la quiso abrazar a fuerzas y la señora, doña Rosa, sacó una daga de las que había en esos tiempos, de cache blanca con una bolita de bronce en la punta de la cache. Al ver la daga el hombre le tira con furia un cuerazo con un machete, pa’ tumbársela, y la señora que se quita el golpe. Filiberto ya encabronado le tiró por lo menos 40 golpes a todo lo que da el brazo y nunca le pudo pegar...Al sentirse incapaz, Filiberto se le arrimó a quererla abrazar. Al arrimarse el hombre en cortito le dio con la bola de la cache en la quijada y el hombre rodó por el suelo. Y ella dijo: ‘Mira hijo de la chingada, no porque veas que soy mujer...yo con el que quiero hasta me le arrastro. Pero a guevo no”. Los rodeantes de la velada la palmearon viendo la gracia de que una mujer le haya pegado al más bravito de mi rancho”.